

Octubre, mes de las Misiones

**'En la pandemia,
la Iglesia sigue evangelizando'**

**¡Todos llamados
a remar juntos!**

**¡Aquí estoy,
envíame!**

#DOMUND2020



La caridad misionera empeño de todos para sostener la evangelización.

Animar la caridad misionera en la Iglesia que camina en Colombia

La caridad misionera fue propuesta por el Papa Francisco para el Mes Misionero Extraordinario (MME) del 2019, la cual ha de enfocarse– en palabras del Papa en su discurso a las OMP del 3 de junio de 2017 - en “el empeño de todos para sostener los costos de la evangelización, de la formación en la fe y en la misión, especialmente de las Iglesias más necesitadas”. Durante este año 2020 en consonancia con la celebración del año anterior volvemos a retomar el tema porque no pierde su vigencia y hoy más que nunca urge que todos los bautizados nos preocupemos del sostenimiento de la obra de la evangelización.

1. ¿Qué no es la caridad misionera?

Lo primero que debemos tener en cuenta es la claridad que hace el Papa Francisco sobre lo que no es la caridad misionera. Su Santidad, en la misma alocución a las OMP nos recuerda que debemos evitar el riesgo de convertirnos en una agencia para la recaudación y distribución de fondos. Además, citando al Papa Benedicto XV, en la Carta Maximum Illud, recuerda que “quien predica a Dios, sea hombre de Dios”. Con ello nos hace la contundente exigencia de que la caridad en favor de la misión universal de la Iglesia es inseparable de la santidad de vida, de la oración, del sacrificio, del ofrecimiento personal y de la pasión por anunciar el Evangelio a todos.

2. ¿Qué es verdadera caridad misionera?

Para motivar la animación y vivencia de la caridad en clave misionera me gustaría hacer referencia a una pequeña fábula referida por una religiosa misionera africana:

En la pequeña granja campesina los animalitos residentes allí vivían muy contentos y agradecidos con el granjero por la manera generosa y servicial con la que los cuidaba. Fue tanto el sentimiento de alegría y satisfacción que decidieron unánimemente prepararle una bella fiesta en su honor. En medio de los preparativos, la gallina tomó la iniciativa y con cierto aire pretencioso dijo: “Yo ofrezco mis huevitos”; la vaca no quiso quedarse atrás: “yo regalo la leche”; la oveja vio que ella también tenía algo que donar y dijo muy convencida: “entre-

go mi lana para un buen abrigo”; el papagayo contemplando su plumaje, gritó: “me desprendo de mis hermosas plumas para adornar la sala”. Y así uno a uno, los otros animalitos de la granja, siguiendo los ejemplos de generosidad de los demás, fueron aportando de lo que tenían más a la mano para contribuir al buen éxito de la fiesta del granjero. Hasta que llegó el turno del cerdito. Este estaba en un rincón silencioso pero tranquilo. Preguntado por los demás sobre lo que él estaba dispuesto a dar para la fiesta, sin titubear, respondió: “Quiero que todos puedan pasarla muy bien en esta fiesta, por lo tanto, me regalo yo mismo para que no falte la comida para todos”. La sorpresa de tal ofrecimiento y el impacto que eso tuvo lo dejó a la imaginación de cada uno. Lo cierto fue que la fiesta se llevó a cabo, la alegría fue inmensa y el granjero recibió el mejor de los reconocimientos.

Esta sencilla y bella fábula nos ayuda a entender que lo esencial en la caridad es la donación de sí mismo. La caridad tiene una lógica divina: “Tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo único” (Jn 3,16) y en términos del mandamiento nuevo, nos recuerda el Señor que “nadie tiene mayor amor que quien da la vida por los hermanos” (Jn 15,13). Por lo tanto, en todo lo que damos, poco o mucho, estamos llamados a darnos a nosotros mismos a ejemplo de la viuda pobre a quien Jesús mismo propuso como modelo de caridad evangélica: “Ella dio lo que tenía para vivir” y no como los demás, que sólo dieron de lo que les sobraba, así dieran mucho (Cf. Mc 12, 42-44).

Plasmando esta lógica divina en la vida de las primeras comunidades cristianas, los Hechos de los Apóstoles evidencian con fuerza la consigna del Señor Jesús que las animaba: “Hay más felicidad en dar que en recibir” (Hch 20,35), recordaba Pablo en su despedida a los responsables de feso y, animando la colecta en favor de los pobres de la Iglesia madre de Jerusalén, exhortaba a los cristianos de Corinto a tener la misma disposición de Jesús quien, “siendo rico, se hizo pobre para enriquecerlos con su pobreza” (2 Co 8,9).

En sintonía y continuidad con esta lógica, el Documento de Puebla nos presentaba ya en 1979 el enorme desafío de la caridad misionera para cada una de nuestras Iglesias del Continente:

Finalmente, ha llegado para América Latina la hora de intensificar los servicios mutuos entre Iglesias particulares y de proyectarse más allá de sus propias fronteras, “ad gentes”. Es verdad que nosotros mismos necesitamos misioneros. Pero debemos dar desde nuestra pobreza. Por otra parte, nuestras Iglesias pueden ofrecer algo original e importante; su sentido de la salvación y de la liberación, la riqueza de su religiosidad popular, la experiencia de las Comunidades Eclesiales de Base, la floración de sus ministerios, su esperanza y la alegría de su fe. Hemos realizado ya esfuerzos misioneros que pueden profundizarse y deben extenderse (DP 368).

Considero que este llamado es hoy más que nunca vigente y que no hay que esperar hasta cuando tengamos todas nuestras urgencias pastorales satisfechas para entonces si pensar en la misión universal de la Iglesia.

3. ¿Por qué vivir y expresar la caridad misionera?

Si nos preguntáramos acerca del por qué este deber de la caridad hacia la misión universal de la Iglesia, la motivación única y prioritaria no debería ser ninguna otra que la vivida y expresada por Pablo con tanta convicción y que fue llevada a la práctica por los grandes testigos de la misión a lo largo de los tiempos: “El amor de Cristo nos apremia” (2 Co 5,14). Considero, además, que hay tres exigencias que nos urgen a dar una respuesta pronta, afectiva y efectiva en favor de la obra de la evangelización:

La primera es un deber de gratitud y de reconocimiento por el bien recibido. La historia de la evangelización de cada una de nuestras Iglesias particulares pone delante de nuestros ojos el enorme sacrificio y la inmensa generosidad en personal y en recursos económicos de los misioneros y de las comunidades que los enviaron. Como los hijos con sus padres, conscientes de que nunca retribuirán el bien recibido, sólo podemos “pagar en algo” esa deuda dando nuestro aporte a la obra misionera universal más allá de nuestras propias fronteras.

La segunda es consecuencia de la solidaridad. El Papa Francisco en su mensaje a los Obispos de Colombia, el 7 de septiembre de 2017, en el Palacio Arzobispal de Bogotá, utilizando la sugestiva imagen “mi otro brazo”, con la que los pueblos indígenas de la Amazonía llaman a quien es amigo y compañero, nos invitaba a ejercer una solidaridad efectiva con los Vicariatos apostólicos y otras jurisdicciones más necesitadas del país. Este llamado, además, había sido expresado dentro de los compromisos que dejó a nuestra Iglesia colombiana el XII Congreso Nacional Misionero, realizado en Bucaramanga en mayo del 2016. La nueva invitación del Papa nos urge a hacer efectiva y concreta la solidaridad entre nuestras Iglesias particulares, encontrando los mejores canales que la hagan viable y sostenible.

La tercera, es la más significativa y es consecuencia de nuestro bautismo. Todo bautizado es misionero. De hecho, el lema para este mes misionero extraordinario querido por el Papa Francisco es “Bautizados y enviados: La Iglesia de Cristo en misión por el mundo”. Para todos los fieles cristianos laicos, para los consagrados y los ministros ordenados el deber de anunciar a Cristo no es algo opcional, es un imperativo, mucho más para los consagrados que desde la ordenación hemos recibido un don que no nos limita a una jurisdicción, sino que nos impulsa a estar disponibles para ir a donde la Iglesia nos necesita, tal como nos lo recuerda el Vaticano II (Presbyterorum Ordinis, 10). Es la esencia de la vocación cristiana. Sin el anuncio de Jesucristo, simplemente la Iglesia perdería su razón de ser. “Ella existe para evangelizar”, nos recordaba San Pablo VI en su Carta magna sobre la Evangelización. (Evangelii Nuntiandi, 14).

4. Un llamado a la creatividad y a la imaginación.

Siguiendo los bellos ejemplos de los fundadores de las Obras Misionales Pontificias, quienes en su tiempo fueron capaces de despertar la conciencia de la Iglesia en

favor de la misión universal, también hoy es necesario seguir alimentando esa pasión misionera que ellos sembraron y que continúa hasta nuestros días. De igual manera, es necesario abrir espacios a la imaginación y la creatividad para que la caridad en favor de la misión universal de la Iglesia se fortalezca a todos los niveles desde la cooperación entre nuestras jurisdicciones hermanas hasta un efectivo, permanente y coordinado empeño por responder al llamado a servir la Misión “Ad gentes” que la Iglesia Universal, en la persona del Papa, le está haciendo de una manera urgente a la Iglesia que peregrina en Colombia. No tenemos excusas para no responder a ese llamado con generosidad y prontitud. No nos quedemos encerrados en nuestras urgencias y salgamos a dar también nosotros desde nuestra pobreza.

+ Francisco Javier Múnera Correa

Obispo de San Vicente del Caguán

Presidente de la Comisión Episcopal de Misiones